

CAPITULO II

El deber en acción.

Pon tu confianza en Dios, sigue la senda del deber.
Fija en su palabra tu mirada firme, y luego cumple tu obra. — LUTHER¹.

Ejecuta nobles acciones, no las sueñes todo el día, y de esa manera haz de tu vida, la muerte, y de ese inmenso por siempre, un canto grandioso y dulce.
— CARLOS KINGSLEY².

¡Oh, trabajadores del mundo! á cuyo brazo joven cedela inculta tierra, y el error, como ante un encanto : joven marino, soldado, estudiante, trabajador con el arado, la fragua en el telar ó la mina, ¡sois un regio progreso! En donde quiera que estéis, aunque á menudo toscos y bastos, lleváis con vosotros escondidos resortes de fuerza, poder creador, la flor, la fructifera lucha, el germen, la potencia de la vida. — *La Oda de la Vida*³.

Aquel que haya meditado bien sobre su deber, pondrá inmediatamente en acción sus convicciones. Nuestros actos son las únicas cosas que se hallan en nuestro poder. No sólo forman

1. Put thou thy trust in God,
In duty's path go on;
Fix on His Word thy steadfast eye,
So shall thy work be done. — LUTHER.

2 Do noble things, not dream them, all day long,
And so make life, death, and that vast forever, one grand, sweet song.

CHARLES KINGSLEY.

3. O worker of the world ! to whose young arm
The brute earth yields, and wrong, as to a charm ;
Young seaman, soldier, student, toiler at the plough,
Or loom, or forge, or mine, a kingly growth art thou,
Where'er thou art, though earthy oft and coarse,
Thou bearest with the hidden springs of force,
Creative power, the flower, the fruitful strife,
The germ, the potency of life — *The Ode of Life*

la suma de nuestros hábitos, sino también la de nuestro carácter.

Al mismo tiempo, la carrera del deber no es siempre una carrera fácil. Tiene que vencer muchas contrariedades y no menos dificultades. Podremos tener sagacidad para ver, pero no la fuerza de propósito para obrar. Para el indeciso hay muchos leones en el camino. Piensa, y discurre fantásticamente, y sueña, pero nada hace. « Hay poco que ver, pero, decía un diligente trabajador, y poco que hacer; todo está en que hay que *hacerlo*. »

Tiene que haber no solamente una conquista sobre lo que agrada y las aversiones, pero, lo que cuesta más de alcanzar, un triunfo sobre la adversa fama. El hombre que hace la siguiente pregunta, como primera, después que un curso justo de acción se ha presentado : « ¿Qué dirán las gentes? » no es hombre capaz de hacer cosa de provecho. Pero si pregunta : « ¿Es mi deber? » puede seguir adelante dentro de su armadura moral, y estar pronto á incurrir en la censura de los hombres y hasta para arrostrar su ridículo. « Tengamos fe en las acciones puras, dice Mr. de la Cretelle, y guardemos la duda y la incredulidad para las malas. Es mejor ser engañado, que desconfiar. »

El deber se aprende primero en el hogar doméstico. El niño viene al mundo desvalido y dependiendo de otros para su salud, su alimento y su desarrollo moral y físico. Al fin recoge ideas el niño; bajo influencias convenientes aprende á obedecer, á dominarse, á ser benévolo hacia los demás, á ser respetuoso y feliz. Tiene voluntad propia; pero el que ésta sea dirigida bien ó mal, depende en mucho de las influencias de sus padres.

El hábito de querer se llama designio, y, por lo que se ha dicho será obvia la importancia de formar un justo designio en temprana edad. « El carácter, dice Novalis, es una voluntad completamente formada; » y una vez formada la voluntad, puede ser firme y constante durante toda la vida. Cuando el hombre justo é inclinado á lo bueno sostiene su propósito

atribuye poco valor á las recompensas ó alabanzas del hombre : su mejor recompensa es su propia conciencia que aprueba, y el bienestar que le aguarda después.

La voluntad, examinada sin tener en consideración la dirección, es sencillamente constancia, firmeza, perseverancia. Pero es obvio, que á menos de ser recta la dirección del carácter, la voluntad fuerte sólo será un poder para el mal. En los grandes tiranos es un demonio; con poder para manejar, no conoce límites ni freno. Mantiene millones sujetos á él, inflama sus pasiones, los excita hacia la furia militar, y nunca está satisfecha sino cuando vence, destruye ó tiraniza. La ilimitada voluntad produce un Alejandro ó un Napoleón. Alejandro lloró porque ya no había más reinos que conquistar; y Bonaparte, después de recorrer la Europa, gastó sus fuerzas en medio de las nieves de Rusia. « La conquista me ha hecho, dijo, y la conquista tiene que sostenerme. » Pero era un hombre sin principios morales, y la Europa le echó á un lado cuando hubo concluido su obra de destrucción.

La voluntad firme, unida á propósitos justos, está tan llena de bienes como la otra lo está de daños. El hombre así influido impele é inflama el espíritu y la conciencia de los demás. Los inclina á su manera de ver el deber, los arrastra consigo en sus esfuerzos para proteger propósito dignos, y dirige la opinión para la supresión del error y el establecimiento de lo justo. El hombre de voluntad firme imprimirá poder á sus actos. La perseverancia enérgica se hace habitual. Da fuerza á la compañía en que está, y á la sociedad en que vive, y hasta á la nación en que ha nacido. Es un regocijo para los tímidos y un reproche perpetuo para los holgazanes. Pone en movimiento á los primeros dándoles esperanzas. Hasta puede inspirar á los últimos para que ejecuten buenas acciones debidas á la influencia de su ejemplo. Ténnyson da en el blanco con las siguientes palabras :

¡Oh, voluntad vigorosa y potente, que continuarás cuando todo lo que aparece haya sufrido desazón; levántate en la roca espiritual,

corre á través de nuestros hechos y haz que sean puros, para que podamos levantar fuera del polvo, una voz para el que nos escucha, un pregón más alto que los años conquistados, para aquel que con nosotros trabaja y confía, con fe nacida del dominio de sí mismo, en las verdades, que jamás pueden ser probadas, hasta que terminemos con todo lo que amábamos, y todo aquello de que procedíamos, alma en el alma !»

Además de los hombres de voluntad firme y mala, y los de firme y buena voluntad, existe un número mucho mayor que tiene una voluntad débil, ó absolutamente ninguna voluntad. Carecen de carácter. No tienen ninguna voluntad firme para el vicio, pero tampoco la tienen para la virtud. Son los recipientes pasivos de las impresiones, las cuales sin embargo, no se mantienen en ellos. Parece que no andan para adelantar, ni para retroceder. Conforme sopla el viento, así gira su veleta; y cuando el viento sopla de otra dirección, vuelve á girar. Cualquier instrumento puede escribir sobre semejantes espíritus; cualquier voluntad puede gobernarlos. Ninguna verdad es apreciada intensamente por ellos, y no saben lo que es celo. Esas personas constituyen la masa de la sociedad en todas partes: los omisos, los pasivos, los sumisos, los débiles y los indiferentes.

Por lo tanto, es de la mayor importancia que la atención sea dirigida hacia el mejoramiento y fortaleza de la voluntad; porque sin esto no puede haber ni independencia, ni firmeza, ni individualidad de carácter. Sin ella no podemos dar á la

4.

Oliving Will, that shalt endure
When all that seems shall suffer shock,
Rise in the spiritual rock,
Flow through our deeds and make them pure;
That we may lift from out of dust,
A voice as unto him that hears,
A cry above the conquered years,
To one that with us works, and trust,
With faith that comes of self-control,
The truths that never can be proved,
Until we close with all we loved.
And all we flow from, soul in soul.

verdad su fuerza idónea, ni á la moral su dirección conveniente, ni salvarnos de ser instrumento en manos de hombres indignos é insidiosos. El cultivo intelectual no producirá la decisión en el carácter. Los filósofos discuten, los hombres decididos obran. « Dejar de resolver, dice Bacon, es resolver; » esto es, no hacer cosa alguna.

« El verdadero momento para educar á la voluntad debidamente, dice Locke, es la juventud. Hay cierta época en que nuestra mente puede ensancharse, cuando puede adquirirse gran cantidad de verdades útiles; cuando nuestras pasiones se someten fácilmente al gobierno de la razón; cuando los principios verdaderos pueden fijarse de tal manera en nosotros que influirán sobre toda acción importante en nuestra vida ulterior. Pero la época para esto ni se extiende al todo ni á ninguna duración de tiempo considerable de nuestra permanencia en la tierra. Está limitada á unos pocos años de nuestra existencia, y si en toda ella la descuidamos, se vincula en nosotros el error ó la ignorancia, según el curso ordinario de las cosas. Nuestra voluntad se convierte en nuestra ley; y nuestra incontinencia adquiere una fuerza á la cual nos oponemos después inútilmente. »

El primer lord Shaftésbury, en una conversación con Locke, expuso una teoría sobre el carácter y la conducta, que arrojaba luz sobre él mismo. Dijo que la sabiduría estaba en el corazón y no en la cabeza, y que no era la falta de saber sino la petulancia de la voluntad, lo que llenaba las acciones de los hombres de locura, y su vida de desórden. El mero saber no da vigor al carácter. Un hombre puede razonar demasiado. Puede pesar las mil probabilidades de ambos lados, y no llegar á ningún hecho, á ninguna decisión. El saber es de ese modo una resistencia para la acción. La voluntad debe obrar á la luz del espíritu y del entendimiento, y entonces surge el alma á una vida completa y á la acción.

Á la verdad, el estudio de las letras, y palabras y sentencias no tiene la importancia que algunos le suponen. El saber, poco tiene que ver con la benevolencia y la felicidad. Puede

destruir muy bien á la humanidad y dar lugar al orgullo. Los principales móviles de los hombres han sido poco favorables á la literatura. Los hombres de letras han alcanzado muchas veces la grandeza del pensamiento que influye sobre los hombres en todas épocas, pero rara vez han alcanzado la grandeza moral de la acción.

Los hombres no pueden ser levantados en masa, como lo fueron las montañas en los primeros tiempos geológicos del mundo. Tienen que ser manejados como unidades; porque solamente puede ser asegurada eficazmente la elevación de las masas por medio de la elevación individual. Los preceptores y los predicadores podrán influir en ellos desde afuera, pero la acción principal procede de adentro. Los hombres individualmente deben esforzarse por sí mismos y ayudarse á sí mismos, porque de otro modo jamás podrán ser ayudados por otros eficientemente. Dice el doctor Bútlér: « Así como los hábitos que pertenecen al cuerpo son producidos por actos externos, tal así, los hábitos del espíritu son producidos por los esfuerzos de propósitos prácticos é internos, llevándolos á la acción ú obrando sobre ellos los principios de obediencia, de veracidad, de justicia y de caridad.

Hablando de Bútlér, dice el señor Stephen en su obra reciente, que: « su actitud solamente imprime el lado moral; pero que por ese lado es innegable su grandiosidad. En la *Analogía*, tan distintamente como en los *Sermones*, la prédica de Bútlér es la deificación de la conciencia en el principio, en el medio y al final. El deber es su última palabra. Sean las que fueren las dudas que le asaltan, se adhiere á la firme convicción de que el secreto del universo está revelado, hasta donde ha sido revelado, por medio de la moral. »

Hay poca ó ninguna relación entre la enseñanza de la escuela y la moral. El simple cultivo de la inteligencia difícilmente tiene influencia sobre la conducta. Los credos pegados á la memoria no han de estirpar las propensiones malas. La inteligencia es solamente un instrumento movido y trabajado por fuerzas que están detrás: por las emociones, la sujeción propia.

el dominio de sí mismo, por la imaginación, por el entusiasmo, por todo aquello que da fuerza y energía al carácter. La mayor parte de estos principios se adquieren en el hogar doméstico, y no en la escuela. Donde el hogar es miserable, indigno y sin principios fijos — lugar del cual conviene más huír que visitarlo, — la escuela es entonces el único punto para aprender la obediencia y la disciplina. El hogar doméstico es, también, el verdadero suelo en que crece la virtud. Los acontecimientos de la casa obran más inmediatos y nos afectan más que los de la escuela y de la universidad. En el estudio del hogar doméstico es en donde deben ser examinados el verdadero carácter y las esperanzas.

Enseñar á sus familias es la ocupación de los viejos; obedecer á sus padres y crecer en la discreción, es la ocupación que corresponde á la juventud. La educación es una tarea de autoridad y de respeto. El cristianismo, según Guizot, es la escuela más grande del respeto que jamás haya visto el mundo. Sólo la instrucción religiosa comunica el espíritu de la abnegación, las grandes virtudes y los pensamientos elevados. Penetrá hasta la conciencia, y hace la vida llevadera sin una murmuración contra el misterio de las condiciones humanas.

« El gran objeto de la educación, dice un gran escritor, es la libertad, y cuanto más pronto podáis hacer que un niño sea una ley para sí mismo, tanto más pronto habréis hecho de él un hombre. » « Respetaré la libertad humana en el más pequeño niño, dijo monseñor Dupanloup, aun más escrupulosamente que en un hombre formado; porque este último la podrá defender contra mí, mientras que el niño no lo puede hacer. Jamás insultaré al niño al extremo de considerarlo como material para ser arrojado en un molde, y que surja con la imagen que mi voluntad le haya dado. »

La autoridad paterna y la independenciam de la familia son un dominio sagrado; y si se ven obscurecidas momentáneamente en tiempos turbulentos, el sentimiento cristiano protesta y resiste hasta que recupera su autoridad. Pero la libertad no es lo único por lo cual se deba combatir; la obediencia, la su-

jeción propia, y el dominio sobre sí mismo, son las condiciones á que principalmente debe aspirarse. Lo último es el fin principal de la educación. No se hace saber por la enseñanza, sino por el ejemplo. La primera instrucción para la juventud, dice Bonald, consiste en el hábito y no en el razonamiento, en los ejemplos más bien que en las lecciones directas. El ejemplo predica mejor que el precepto, y eso también, porque es mucho más difícil y porque las mejores influencias crecen lentas y en proporción gradual con las necesidades humanas.

Obrar rectamente, pues, es la válvula de seguridad de nuestra naturaleza. La buena voluntad no basta; no produce siempre buenos actos. La acción perseverante hace lo demás. Lo hecho con diligencia y trabajo da al espectador una fuerza tranquila, de la que no podemos decir hasta donde pueda llegar. El reverendo canónigo Liddon, en su conferencia á los jóvenes en la catedral de San Pablo, hizo una elocuente alusión al trabajo, porque es el verdadero propósito de la vida. «La vida del hombre, dijo, está compuesta de acción y de sufrimiento, y la vida es fructífera en proporción á lo que haya sido empleada en noble acción ó en perseverancia paciente. Pero los que trabajan físicamente no son los únicos verdaderos trabajadores. Las vidas de pensamiento no están fuera de esta división, porque el verdadero juicio es acción inostensible... Pasar la vida en la indolencia, en un estado de letargo moral, es degradante, porque la vida es ennoblecida por el trabajo.»

El trabajo noble es el verdadero instructor. La ociosidad es un desmoralizador completo del cuerpo, del alma y de la conciencia. Las nueve décimas partes de los vicios y miserias del mundo provienen de la ociosidad. Sin el trabajo no puede haber progreso activo en el bienestar humano. No puede concebirse una miseria más insoportable que la que tiene que resultar de privilegios incommunicables. Imaginaos un hombre ocioso condenado á una eterna juventud, mientras que todo se destruye y muere en torno suyo. ¡Cuán sinceramente llamaría á la muerte para que le libertara! «El ser viviente más débil,

dice Carlyle, por el hecho de concentrar sus facultades sobre un solo objeto, puede realizar algo; mientras que el más fuerte, al dispensar las suyas sobre muchos, puede muy bien no efectuar cosa alguna.»

¿Tenéis que luchar con dificultades? Entonces trabajad á través de ellas. Ningún exorcismo encanta como el trabajo. La ociosidad del espíritu y del cuerpo se parece al moho. Gasta más que el trabajo. «Prefiero que me gaste el trabajo y no el moho,» ha dicho un noble obrero. Schiller dijo que hallaba que la mayor felicidad en la vida consistía en el cumplimiento de algún deber mecánico. También creía que «el sentimiento de la belleza, jamás promovía el cumplimiento de un solo deber.» El más elevado modo de ser, es aquel que deja de ver en la resolución y de sentir en el trabajo.

Las mayores dificultades suelen estar á veces donde no las esperamos. Cuando ocurren dolorosos acontecimientos, quizá nos son enviados únicamente para experimentarnos poniéndonos á prueba. Si permanecemos serenos en nuestra hora de prueba, la firmeza dará entera serenidad á nuestro espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar conforme al deber. «Los combates de la grosería y falta de cultura, dice Normán Macleod, son combates dolorosos de la vida diaria. Sus gigantes son nuestros gigantes, sus pesares nuestros pesares, sus derrotas y sus victorias son también nuestros. Conforme tienen honores, derrotas y victorias, también así las tenemos nosotros.»

La escuela de las calamidades es la mejor escuela de la disciplina moral. Cuando se tiene que combatir con obstáculos, debe acometérseles de frente con valor y alegría. ¿No ha dicho Aristóteles que la felicidad no existe tanto en nuestros propósitos como en nuestras resoluciones? Luchar con las dificultades es el medio más seguro de vencerlas. La determinación de realizar un propósito es ya en sí un principio de convicción moral de que podemos y queremos realizarlo. Nuestro ingenio se aguzza por la necesidad, y el hombre individual avanza para salir al encuentro y vencer á todas las dificultades que se hallan en su camino.

La relación de los hombres que han perdido sus oportunidades, formarían un volumen doloroso, pero memorable para la instrucción del mundo. « Ningún hombre que tenga buena salud, dice Ebenezer Eliot, puede ser abandonado, si es leal consigo mismo. Para beneficio de los jóvenes desearía que tuviéramos una cuenta exacta del número de personas que no tienen éxito, en mil que contienden resueltamente por obrar bien. No creo que excediese de uno por ciento. » Los hombres murmuran del éxito, pero sólo es el último término de lo que parecía una serie de fracasos. Al principio fallaron, y después de una y otra vez, pero al fin desaparecieron las dificultades, y se obtubo el éxito.

El deseo de poseer; sin ser embarazado con las molestias de adquirir, es un signo inequívoco de debilidad y de holgazanería. Todo lo que es digno de gozarse ó de poseerse, sólo puede obtenerse por el placer del trabajo. Éste es el gran secreto de la fuerza práctica. « Puede preferirse clarísimamente la laboriosidad á la holgazanería, el ejercicio saludable de todas la facultades propias, más bien que permitir que permanezcan sin aplicación en un letargo estúpido. Al fin encontraremos probablemente que el ejercicio de las facultades ha sido por sí mismo la fuente de una felicidad más verdadera que el haber seguido el logro real de aquello que el trabajo estaba encargado de obtener. »

Se ha dicho de un gran juez, que nunca desperdició una oportunidad legítima, pero que jamás condescendió á aprovechar ninguna que fuera contraria á la ley. Lo que tenía que hacer, en cualquier época de su carrera, fué hecho con todo su corazón y toda su alma. Si algo malo pudiera resultar de sus tareas, era evidente que no podría afectarle el cargo de su conciencia, puesto que había hecho lo mejor, conforme á su saber y entender.

Debemos trabajar, confiando que alguna buena semilla de la que arrojamos al suelo echará raíces y brotará en acciones benéficas. Lo que el hombre principia para sí mismo lo acaba Dios para los demás. Á la verdad, nada podemos completar

nosotros. Otros principian donde nosotros dejamos, y llevan nuestra obra á un grado más inmediato de la perfección. Tenemos que legar á los que vienen después de nosotros un designio digno de imitación. Haber obrado bien, obrar bien en lo presente, y seguir obrando bien en lo futuro, son condiciones inseparables que llegan á través de todos los siglos de la eternidad.

Poquísimas personas pueden realizar la idea de que en el mundo no son de utilidad ninguna. El hecho de su existencia implica la necesidad de que existan. El mundo está ante ellas. Tienen su elección entre el bien y el mal; entre la utilidad y la ociosidad. ¿Qué han hecho de su tiempo y de sus recursos? ¿Han demostrado al mundo que su existencia ha sido de una utilidad cualquiera? ¿Á causa de su vida han hecho á alguno mejor? ¿Ha sido su carrera un mero asunto de ociosidad y egoísmo, de holgazanería y de indiferencia? ¿Han estado buscando la satisfacción? La satisfacción huye de la ociosidad. La felicidad está fuera del alcance de la holgazanería. El placer y la felicidad son los frutos del trabajo, y el trabajo jamás lo es del abandono y de la indiferencia.

Un infortunado joven, que sentía que su vida no era de utilidad alguna en este mundo, resolvió públicamente ponerle fin. El hecho aconteció en Caprón, Illinois, Estados Unidos. Este hombre había cultivado su inteligencia y nada más. No tenía idea alguna del deber, de la virtud ó de la religión. Siendo materialista, no temía ningún estado venidero. Dijo en público que iba á dar una conferencia y en seguida á pegarse un balazo en la cabeza. La entrada en la conferencia y final de *sensación* era de un *dollar* por cabeza. La suma que se realizara sería usada en parte para los gastos de su entierro, y el resto aplicado para comprar las obras de tres materialistas de Londres, que serían colocadas en la biblioteca del pueblo. La sala estaba llena de gente. Se realizó una buena suma de dinero. Después que hubo terminado su conferencia, sacó su *Derringer* y se voló la tapa de los sesos, según su promesa. ¡Qué conclusión de una vida terrestre, lanzarse con enrojecidas manos á